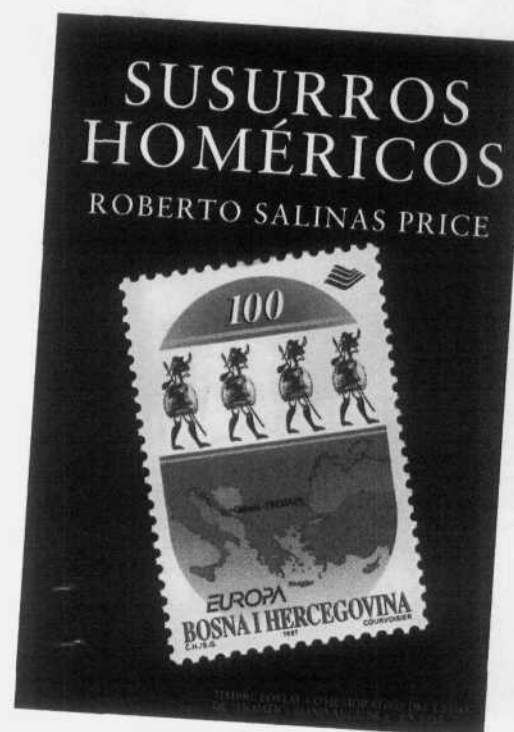


SUSURROS HOMÉRICOS Y LA VERDADERA UBICACIÓN DE TROYA*

Roberto Salinas Price

Esta obra trata acerca de lo que me dicen ahora las palabras de Homero, después de veinte años, cuando *Los ciegos a Homero* (*Homer's Blind Audience*) fue publicado, primero en inglés, en 1984; y en 1985 en el “serbo-croata” de entonces. Ese “ensayo sobre los requisitos geográficos para la ubicación de Ilión”, pretendía transmitir al lector dos ideas, cada una sensata por su propio mérito, pero, juntas, tal vez un esfuerzo un tanto ambicioso: primero, que existen razones plausibles, basadas en varios argumentos geográficos (y una escueta referencia literaria), para entender la historia que la *Iliada* narra sobre el sitio de Ilio como producto de una cultura troyana que ocupó un territorio a lo largo de la costa dálmata de Croacia; y, segundo, que comprender a Homero más allá de este contexto geográfico sólo podía conducir a poco más que tonterías literarias. De alguna manera, el contexto geográfico de Troya, según lo que la *Iliada* arrojaba, parecía encajar con las realidades geográficas de la Costa Dálmata, así proveernos de un claro entendimiento de la línea narrativa general. Además, ciertos topónimos locales parecían haber sido ligeramente modificados, aunque, para el propósito, permanecían aún intactos, y otros parecían haber sobrevivido en traducción a una moderna lengua eslava. Más aún, existían historias y leyendas en aquellos lugares, pero, sobre todo, existía una riquísima evidencia arqueológica para sostener la hipótesis. Claro, la inferencia obligada, salvo una mejor explicación, era que “Homero” (en realidad un colegio de bardos) había sido troyano, y que la *Iliada* era obra troyana. Desde luego, la obra se puede leer y entender como ha sido durante unos veintisiete siglos, en su contexto actual en Asia Menor, sin embargo, con enorme demérito para el lector. He conocido traductores de la *Iliada* y estudiosos de la *Odisea* que no les interesa el estudio del escenario geográfico de estas obras, sencillamente porque poesía épica no es tanto como entender la estrategia y la logística de una Batalla de Bastogne, sino el disfrutar del deleite literario de cómo Don Quijote enfrentó “satánicos molinos negros...”, o como Hudibras hizo de las suyas por la “Plaza del Sol”...

Lo que esperaba –cierto, como iluso tonto– fue que aquellos que tuvieran estudios formales, o estuvieran mejor informados, o, lo más importante, tuvieran mayor talento que el mío, se ofrecieran para corregir o mejorar la premisa cuando fuera necesario hacerlo. La respuesta en el mundo académico occidental fue limitada (no por su volumen, sino



por su mezquindad), mientras en la ahora ex-Yugoslavia el tema del día durante el verano de 1985 fue “Troya”, algunas veces a favor, otras en contra.

Entre quienes favorecieron la ecuación Troya = Costa Dálmata estaba la Dra. Olga Lukovi –Pjanovi–, lingüista formada bajo la tutela de los distinguidos hermanos Chantrainne, quien me pidió le explicara, si fuera posible, cuál había sido la lengua original de Homero, y que si no lo podía hacer, ella lo haría por mí. Así, de todas las Cuestiones Homéricas, ésta, *precisamente*, era la que no hubiera deseado sacar a colación, ya que –de sólo pensarlo me dan escalofríos– con toda certeza habría sido el “Pelaso” un precursor primitivo del griego, coetáneo con un lineal b micénico... que más tarde fue vertido por “misteriosas fuerzas de la magia” en el exquisito griego en que ahora poseemos la *Iliada* y la *Odisea*.¹ Cuando la Dra. Lukovi –Pjanovi– se percató de que yo no sabía ni jota del tema, me presentó la pequeña obra de un tal Gregorio Dankovsky, en la que éste había propuesto, en 1829, que el

* Prefacio del libro *Susurros Homéricos*, de Roberto Salinas Price, Ediciones Huicalco, México, 2007

¹ En aquel entonces estaba satisfecho con entender etimologías homéricas, cuando esto fuera posible, en base a un vocabulario griego. Esto ahora lo considero anacrónico e inepto.



idioma original de Homero había sido un dialecto eslavo.¹ Entré en un estado de choque cultural, por así decirlo, aunque con el tiempo aprendí a pensar de manera distinta. Los que descartan esta hipótesis como poco probable, si no ridícula, no pueden dar etimologías razonables de nombres como “Ilíada”, “Troya”, “Helesponto”, “Pigmeos” o varios cientos más, y no tienen otro recurso más que ofrecer significados derivados de un idioma base —usualmente el griego— que no entró en existencia sino hasta algo así como tres, tal vez cuatro, siglos después de los hechos.

Entre los que se oponían a la ecuación Troya = Costa Dálmata se encontraba el vocífero Dr. Djuro Basler, que pomposamente declaró que yo había procurado “cambiar la historia...” con meramente 150 páginas, a lo que respondí que, lamentablemente, yo no era tan talentoso como Newton, porque de otra manera también lo habría hecho en 36. Con el tiempo, nos conocimos, nos ofrecimos disculpas de manera mutua por nuestras numerosas expresiones innecesarias de uno contra el otro, y llegamos a un acuerdo: que yo no era arqueólogo ni él un experto en Homero. Más tarde, el Dr. Basler publicó una retracción a sus comentarios anteriores en el periódico local *Oslobodjenje*, y aceptó explorar Gabela —el sitio que yo había identificado como el Ilio homérico— cuando de

pronto partió de esta vida. Su magnífico plano arqueológico del sitio de Daorson, que me dio en gesto de conciliación, lo publico aquí (véase p. 89).

*

Desde 1985, he viajado muchas veces con mi esposa a aquellas tierras y pueblos que han cautivado mi vida, y tal parece que desde entonces cada semana sale a la luz información nueva o descubrimientos importantes, y hasta algunos susurros espontáneos. En tanto que en 1985 no tenía ni idea —ni pensé que fuera relevante para el estudio de Homero en sí— de cómo los poemas homéricos llegaron a la Hélade y se convirtieron en obras griegas, ni porqué el lugar de Hissarlik, a la entrada de los Dardanelos, llegó a ser conocido como el sitio de la Troya homérica, ahora me siento con una mejor comprensión de algunas singularidades de los textos y ciertas dificultades de historiografía. Tal parece que la arqueología, o, por lo menos, la presunción de algún vestigio, siempre se ha considerado como una prueba definitiva —el *corpus delicti*, por así decirlo— de alguna sospecha respecto a éste o aquél lugar mencionado por Homero. Sin embargo, la importancia de la evidencia arqueológica ahora me parece que sólo subraya lo que la lingüística da como una verdad incontrovertible.

Varios descubrimientos han aguzado mi entendimiento de la *Iliada* y la *Odisea*, aunque —seré claro al respecto— con la plena conciencia de que uno no puede adueñarse de la Verdad. El ser propietario de ella ciertamente desacredita al intelecto y destruye el propósito de conversar con ella. Como investigador aficionado (es decir, yo me pago mi propio sueldo), sólo puedo pensar de mi trabajo como el de mercader de ideas. Así, en ocasiones he necesitado de consejo sobre ciertas inquietantes dudas respecto a alguna trivialidad homérica, ha sido de mi provecho permanecer un tanto distante del consenso, y, aunque familiarizado con la literatura disponible del mundo académico, no estar totalmente influenciado por ella.

Es así que me siento cómodo con el descubrimiento del propósito de la Guerra de Troya, su razón hábilmente entrelazada en las líneas de la *Iliada*, que fue sólo uno de varios devastadores sucesos sociales y políticos que ocurrieron hacia el cierre de la Edad de Bronce y el inicio de la Edad de Hierro (c. 1,100 aC)². Por contraste, la *Odisea* trata sobre las razones de un profundo descontento con el nuevo orden mundial establecido por un enemigo conquistador. Tal parece que en el núcleo de este conflicto, que se dispersó rápidamente por el mundo occidental, se encuentran ciertos preceptos filosóficos, quizás de orden económico, que favorecieron un patriarcado sobre un matriarcado. A este respecto,

¹ Dankovsky, Gregorius, *Homerus Slavus dialectos cognata lingua scripsit*, Vindobona (Viena). J.G. Heubner, Posonium (Presbourg), J. Landes et A. Schwaigner, 1829.

² En particular, lo que se conoce en Arqueología como la Aglomeración Dálmata, revela ciertos indicios de tiempos difíciles para el período y el área en cuestión.

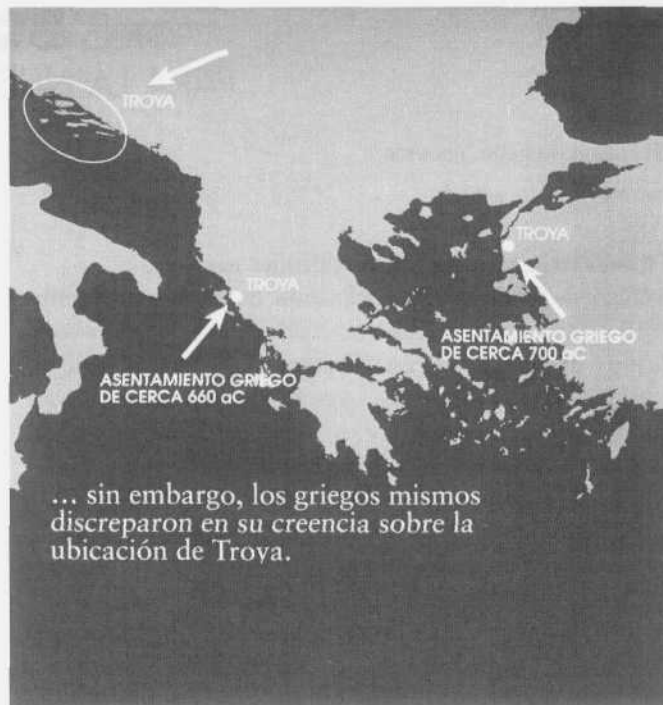
En septiembre de 2007, el director general de Archipiélago realizó una entrevista al autor de este interesante libro, cuyas tesis se confrontan con las tradicionales de la arqueología moderna, que sitúan a la ciudad de Troya en la península de Anatolia partiendo de las exploraciones de Heinrich Schlieman.

vestigios arqueológicos entran en evidencia (aunque es la lingüística la que irrumpe en el argumento), puesto que la *Iliada* habla sobre el asedio y destrucción de una colina en forma de *falo*, y la *Odisea* sobre una larga ausencia y el regreso a un palacio en forma de *vulva*. Los textos describen ambos sitios de manera meticulosa, y vestigios arqueológicos confirman su anterior existencia.

Con respecto a la lingüística, el descubrimiento de que ciertos gentilicios pueden conocerse por varios sinónimos (configurados en un contexto cultural y temporal) ha sido invaluable para revelar qué sucedió después de la Guerra de Troya, y por qué existen reminiscencias tan fuertes de una historia troyana, tanto en el mundo eslavo como en el europeo occidental. En verdad, ¿cómo es que poseemos la *Iliada* y la *Odisea*? Fácilmente podemos entender que los alemanes (Alamanni) también son los deutsche, o tedeschi, o nemani-, y que estos nombres se refieren a un mismo pueblo. Este descubrimiento se aplica al nombre de los dárdanos, no los descendientes de Dárdano, sino, más bien, un pueblo con un apelativo parecido que ocupó el valle del río Escamandro (Neretva), ya que la lingüística demuestra que el nombre del uno y el otro tienen dos significados distintos, y aparecen en lugares como Roma, Macedonia, Hungría, Polonia y hasta Moscú.

Finalmente, el descubrimiento más asombroso es que ya me es imposible distinguir entre ese "Homero", siempre tan místico y evasivo, y la supuesta persona de "Orfeo", el autor de una *Argonáutica*, obra cronológicamente imposible precursora de la *Odisea*. Por lo pronto, lo único que se puede decir sobre los nombres de estos dos personajes es que, sencillamente, son ecos de una imagen arquetípica que nos llega desde distintos lugares en diferentes períodos. Ambos nombres tal vez significan lo mismo, y parecen tener una fuente común en un bien establecido marco institucional de un colegiado de bardos –hasta ahora jamás sospechado–, no meramente un colegiado de *aoidoi* o *guslars* itinerantes, sino de talentosos actores capaces de ensamblar largos poemas según cierta métrica, y expertos no sólo en diversos campos del conocimiento, sino también en el método de *preservación* y *transmisión* de información.

Esta obra seguramente incorporará algún número de afirmaciones dudosas o disparates crasos. Bien podría pedirle



al Gentil Lector (aunque tiende a ser todo menos eso) que le conceda al autor alguna medida de Generosidad, aunque cierto es que *mi ocupación* ha sido la de un mercader de ideas, y por ello estoy consciente de que si las ideas no son límpidas y prístinas, el lector buscará las de mejor acierto en otro lado. Así, dejó al Gentil Lector reflexionar sobre una de dos opciones, a saber:

1. Es válida la hipótesis popular de que diversos temas en la sustancia narrativa de la *Iliada* y la *Odisea* provienen de distintas fuentes esparcidas por el mundo del Mediterráneo, y paulatinamente fueron reunidas mediante un proceso formativo de transmisión oral hasta quedar vertidas (de una vez por todas) como unidades de poesía épica en el idioma griego.
2. O se puede demostrar que ambas obras son inseparables, originalmente compuestas en un dialecto eslavo, en una misma época y lugar, y que posteriormente fueron llevadas al exterior por *omirones* que acompañaron las migraciones de tribus troyanas a Macedonia, donde fueron traducidas al idioma griego antes de ser conocidas por el mundo helénico.

Ciudad de México
Primavera de 2007

Roberto Salinas Price. Mexicano, recibió preparación en el *trivio* y *cuadrivio* con el programa de los "Cien Gran Libros" del Saint John's College, en Annapolis, USA. Desde 1964 es investigador de la *Iliada* y la *Odisea*. Ha escrito *Homer's Blind Audience* (1984), publicado en Belgrado con el título de *Homerova Slepá Publika* (1985); *Atlas of Homeric Geography* (1992), publicado en español como *Atlas de geografía homérica* en 2001. Su libro *Susurros Homéricos* fue publicado en inglés con el título de *Homeric Whispers*, y en Belgrado apareció con el título de *Homerska Šaputanja*. Es miembro de la sociedad Mont Pèlerin.